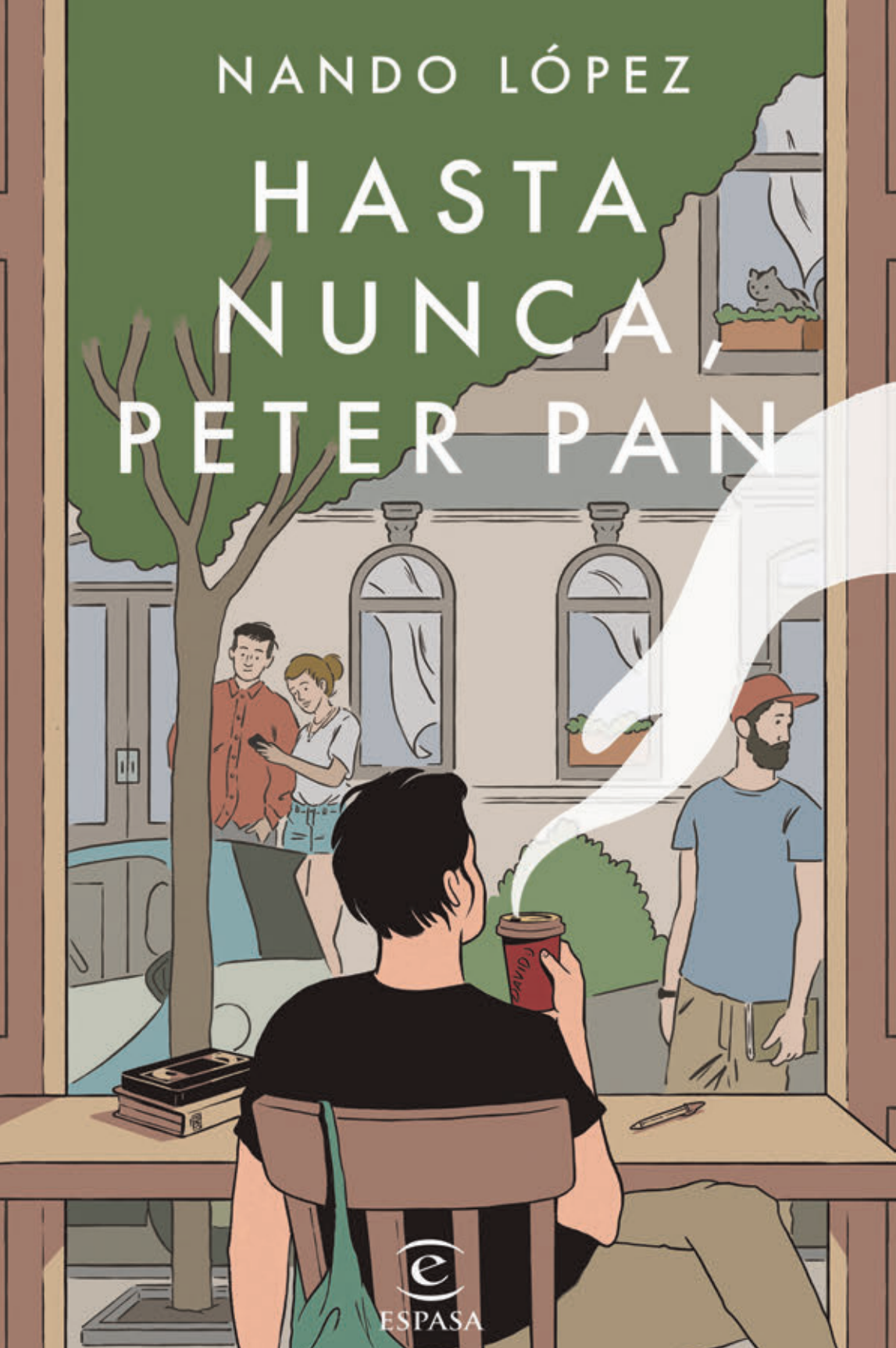


NANDO LÓPEZ

HASTA NUNCA, PETER PAN



e
ESPASA

NANDO LÓPEZ
HASTA NUNCA, PETER PAN



ESPASA  NARRATIVA

© Nando López, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 2625-2020
ISBN: 978-84-670-5879-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

UN DÍA DE FURIA

«Tenía dieciséis años, así que era inevitable que la historia kafkiana de aquel tipo que, harto de sentirse un insecto, se bajaba del coche en pleno atasco nos impactara. A Miguel, le pareció demasiado violenta; a mí, catártica (ya entonces, por culpa de mi madre, usaba palabras como esa). Ahora no sé si opinaría lo mismo, pero nos pasamos medio COU repitiendo el monólogo de Samuel L. Jackson en *Pulp Fiction* (“El camino del hombre recto está por todos lados rodeado por las injusticias de los egoístas y la tiranía de los hombres malos”, Ezequiel 25:17) y la otra mitad, imitando la escena en que Michael Douglas exigía una hamburguesa “de tres centímetros de grosor” a punta de pistola».

David (42)
Entrevistas #1

1

—Es imposible convivir contigo.

Esa fue la escueta advertencia que le ofreció Marta seis días antes de su Gran Frase. Siete días antes de su marcha. Y tres semanas antes de este domingo de mayo inusualmente frío en el que David solo cuenta, además de con una presencia incómoda en su cuarto de invitados, con un buen puñado de motivos para no despertarse.

—Tu mundo lo llena todo —añadió.

Y él, que en términos generales estaba de acuerdo con esa afirmación, apenas intentó rebatirla.

—En realidad —se aventuró a responder con una ingenuidad que podría haber resultado tierna si no hubiera sido inconveniente—, convivir nunca es fácil, Marta. Eso ya lo sabíamos.

—Por eso mismo nos íbamos a esforzar para que en nuestro caso sí lo fuera. Ese era el plan, ¿no?

David no recordaba haber diseñado estrategia alguna, pero asintió con la esperanza de que una capitulación prematura detuviera a tiempo aquella conversación, convencido de que galopaban desbocados hacia ese territorio del reproche donde ella se movía con mucha más destreza de lo que jamás lograría hacerlo él.

—Es como si viviéramos en dos realidades paralelas, David. Diez años juntos, y a veces siento que lo único que nuestros mundos tienen en común es que el mío parece que estuviera invadiendo siempre el tuyo.

Acababan de adentrarse justo en la zona pantanosa que pretendía evitar, así que hizo lo único que le había resultado mínimamente eficaz en situaciones anteriores: permanecer callado. Hacía meses que sus conversaciones habían dejado de ser un auténtico diálogo para convertirse, al menos así asegura recordarlo, en un inacabable reper-

torio de advertencias. Una situación que empeoró en cuanto Marta substituyó su voluntarioso *deberíamos* hacer algo (nosotros) por el hostigador *deberías* hacer algo (tú), convirtiéndolo a él en sujeto único de la que parecía ser, cuatro años después de la primera, su segunda gran crisis de pareja.

Sin embargo, tampoco el silencio habitual fue suficiente. En esta ocasión, Marta estaba decidida a arrastrar vigorosamente cualquier resquicio de reconciliación por el fango de la culpa.

—¿Te das cuenta?

David no estaba muy seguro de a qué se refería, pero, por si acaso, movió compungido la cabeza para decir que sí.

—Ni siquiera hemos conseguido que este piso parezca de los dos.

Si no lo hubiera acusado de eso, quizá habría permanecido callado. Pero vino a su cabeza aquella otra conversación de hace ya cuatro años en la que ella aseguró que no le parecía mala idea alquilarlo juntos, porque estaba claro que no iba a ser ni fácil ni demasiado rápido encontrar en Madrid otra cosa que pudiesen pagar y les gustase tanto, al menos no tan céntrico, total, solo tendrían que esforzarse un poco para hacerlo propio, para dar el paso y seguir avanzando, lo que después de seis años parecía lo más lógico, ¿o no, David?, porque ya no eran niños, y si lo que había entre ellos le importaba tanto como a ella, estaba convencida de que era el momento de intentarlo.

—A ti te pareció una buena idea, Marta.

—Entonces, sí. Pero ahora es diferente. Cuando nos vinimos aquí creí que pasarían cosas. —A David los sustantivos sin un significado concreto lo sacan de quicio: ¿cómo puede adivinar lo que se oculta tras ellos? ¿Qué son esas *cosas* que Marta deseaba que ocurriesen?—. Son cuatro años y este lugar sigue siendo tuyo.

—Pues conviértelo en un espacio más nuestro. Yo no me meto en lo que hagas o dejes de hacer con tus cosas. —Por un segundo, incluso se sintió orgulloso de haberle devuelto la palabra maldita. Ahí está, ahí tienes tus *cosas*.

—No se trata de eso. No te estoy hablando de un problema de decoración, David. Que no estamos poniendo una reclamación en Ikea. Esto es más profundo. Te estoy hablando de que se suponía que aquí íbamos a aprender a ser dos. Pero no lo somos.

—No es culpa mía que no tengamos más espacio.

—Que no estoy hablando de eso... Además, ese espacio sí que lo tendríamos si no lo ocuparas solo tú.

David se estremeció cuando descubrió la mirada de odio que Marta acababa de dedicarle a la vitrina donde él guardaba sus miniaturas de bustos de grandes directores, una colección que le había costado reunir casi cinco años y que incluía piezas descatalogadas como las de Kurosawa o Kubrick, todas ellas —aunque confiaba en que eso no hiciera falta recordárselo— eminentemente frágiles y vulnerables ante el trato humano. Y, temiendo por la integridad de sus figuras, no midió el alcance de su réplica.

—Quizá es que mi mundo es más grande que el tuyo.

Lo que Marta interpretó como una respuesta soberbia y condescendiente, para David no era más que una constatación objetiva de que cuanto lo hacía feliz ocupaba espacio, ya fueran esas miniaturas, o sus películas, o sus de revistas de cine o las figuras de Lego (en su mayoría, edición limitada) que llenaban sus estanterías. En ellas se podían distinguir toda suerte de fetiches cinematográficos, desde una réplica gigante del DeLorean de *Regreso al futuro*, que presidía el ángulo derecho del salón, a maquetas que combinaban los escenarios de taquillazos como *Los cazafantasmas* con decorados inspirados en *Fargo*, *Corazón salvaje* y otros hitos del cine de autor. La primera vez que David me invitó a visitar su casa, requisito esencial para narrar su historia, me bastó con echar un vistazo para asomarme al vértigo que debió de haber llegado a sentir ella en aquella vorágine de memorias de los ochenta y los noventa diseminadas a su alrededor.

—¿Eso lo has dicho en serio, David? —Marta, que era ligeramente más alta que él, casi resultaba amedrentadora cuando se enojaba.

—¿No te irás a enfadar por eso?

—¿Por haber acusado a mi mundo de ser más pequeño que el tuyo? Para nada.

—Creo que me has entendido mal.

Pudieron haber zanjado ahí la conversación. A fin de cuentas, David está convencido de que Marta ya había decidido lo que iba a suceder dentro de una semana: dónde lo citaría, cómo le plantearía la conversación y hasta en qué momento soltaría la Gran Frase. Pero, espoleada por su inoportuno comentario, no fue capaz de reprimir sus

ganas de atacar su talón de Aquiles o, siendo más precisos, uno de los muchos que conocía.

—A lo mejor eres tú el que no es capaz de explicarse bien. Y se supone que un buen director, como mínimo, sí debería saber hacerlo.

A David no le dolió su comentario tanto por la descalificación que encerraba como por la inexactitud que suponía. Ni todos los grandes directores sabían explicarse ni, seguramente, querían hacerlo. Es más, dudaba seriamente que los mejores —como su admirado Lynch— se hubiesen preocupado en conseguirlo. Estuvo a punto de argumentarlo, pero ella no le dio tiempo.

—Lo siento —fingió disculparse—. No quería decir eso.

—Tranquila. —¿Ya había perdido la ocasión de hablar de David Lynch?—. Supongo que yo tampoco.

—¿Supones? —reaccionó decepcionada mientras él intentaba explicarse cómo era posible equivocarse tanto.

No entendía por qué su respuesta la había disgustado hasta el punto de acercarse furiosa a una de sus últimas maquetas de Lego —una reproducción perfecta y exhaustiva del Central Perk de *Friends*— con la intención de romperla sin misericordia alguna contra el suelo.

—Por favor... —Podía haber sumado un «te lo suplico». Un «te lo ruego». Incluso podía haberse puesto de rodillas. Pero solo se quedó paralizado al imaginar las piezas desperdigadas por la habitación, perdiéndose para siempre bajo el sofá, entre su Halcón Milenario y el DeLorean gigante donde alguna vez se sentaba a leer guiones y que, con tan buen criterio, le había regalado su hermana Bea al cumplir los cuarenta.

Marta también imaginó aquellas piezas cayendo sobre el suelo. Rompiéndose tantas veces como se había quebrado su esperanza en una relación atrapada en un tiempo anterior al que ahora atravesaban. Como si ese maldito artefacto de los ochenta que ocupaba el salón tuviera la culpa y fuera imposible avanzar porque siempre había algo que los llevaba de vuelta al pasado. Diez años atrás. Al tiempo en que empezaron a construir algo que, ahora mismo, era mucho menos brillante y, sin duda, mucho menos acogedor que esa cafetería de plástico que sostenía entre sus manos.

Estuvo a punto de soltarla para disfrutar con el estrépito que haría cuando chocase contra las baldosas.

Pero no lo hizo.

Según David —a quien todavía le tiembla la voz cuando recuerda aquel momento—, debió de parecerle que su acción, sin espectadores ni coro, resultaba muy poco teatral, así que se reservó su vehemencia para exhibirla más adelante. Volvió a colocar la maqueta en su sitio y le informó de que se instalaría durante unos días en casa de Sonia.

—Necesito pensar, David. A los dos nos vendrá bien hacerlo.

—¿Con Sonia cerca se puede pensar?

—No tientes más tu suerte...

Le hizo caso y se calló cualquier otro posible comentario sobre aquella mujer que, según Marta, era una de sus mejores amigas y, según él, un desafortunado cruce entre la Kathy Bates de *Misery*, la Louise Fletcher de *Alguien voló sobre el nido del cuco* y la Rosie O'Donnell de *Beautiful Girls*, solo que sin la pasión literaria de la primera, sin la profesionalidad exacerbada de la segunda y sin el humor brillante de la tercera.

—En unos días te llamo.

Fueron, exactamente, tres.

Tres días en los que Marta tuvo tiempo suficiente para aclarar ideas, reservar mesa en un restaurante y decidir qué era lo que quería decir. Y hasta de qué modo quería decírselo.

—Entonces, ¿no te sorprendió? —le pregunté tras revisar sus apuntes para empezar a dar forma a su historia.

En el momento en que me propuso escribirla, David solo había sido capaz de esbozar a duras penas el esquema argumental de sus primeros capítulos y, antes de ofrecerme más detalles y de acordar plazos y entregas, me planteó dos únicos requisitos: nada de primera persona y nada de dejar la historia a medias. Con que el relato sea sincero y el narrador no finja que soy yo, me conformo, me dijo. Y para asegurarse de que mi libertad creativa no eclipsaba su afán de veracidad, me hizo entrega (casi solemne) de cuatro de sus cuadernos —«los correspondientes a esos meses», especificó— junto con unos cuantos guiones inacabados y un calendario de encuentros y entrevistas que me permitiera recopilar el material necesario para articular el relato.

—¿Sabías que iba a ocurrir, David?

—Que ocurriría supongo que sí podía intuirlo. Pero no así...

Acudió sin oponer resistencia al lugar que Marta le había propuesto, a pesar de que sospechara que Sonia podía estar detrás de la elección. O incluso que podría hallarse agazapada en alguna de las mesas del local.

Después de diez años, no imaginaba que su relación acabaría en un sitio público. Ni tan multitudinario. Ni junto a un grupo de gente armada con bandas azules en las que, mientras Marta pronunciaba el monólogo que traía preparado de casa de su amiga, él podía leer mantras tan inspiradores como «Los cuarenta son los nuevos veinte», «Nunca es tarde para perseguir tus sueños» o «Yo también veía *La bola de cristal*».

Se encontraron en aquel restaurante estúpidamente moderno entre parejas que fingían conversar mientras miraban sus móviles y grupos de amigos que se reían ostentosamente para dejar constancia —sonora y obvia— de su gregaria felicidad. Todo resultaba lo bastante artificial como para ser fotografiable, así que mientras sus vecinos de mesa se etiquetaban furiosamente en una interminable tanda de selfies, Marta decidió ser directa y ahorrarse los prolegómenos que podrían haber evitado el impacto. O, al menos, haberlo aminorado.

—¿Estamos bien, David?

Lo supo enseguida: aquella era una pregunta trampa.

Podía contestar que sí, que estaban bien. Y ella enumeraría un listado de situaciones que demostraban lo contrario. O podía responder que no, que no estaban para nada bien. Y ella lo probaría desglosando ese mismo listado. El único modo de evitar su previsible memorial de agravios era responder a su pregunta con otro interrogante: la actitud socrática solía serle útil en situaciones de conflicto.

—No lo sé. ¿Lo estás tú?

Insatisfechos con la decena de instantáneas realizadas, uno de los jubilosos amigos de la mesa contigua los interrumpió para pedirles que les hicieran una foto de grupo.

—Ahora no.

Habría sido una respuesta adecuada, madura y contundente.

—Claro que sí.

Fue la que David les dio.

Y, feliz de contar con una excusa para alejarse de la mirada de desaprobación de Marta, se puso en pie dispuesto a hacer fotografías a todos los comensales del restaurante si era necesario. Cualquiera cosa antes que regresar a esa mesa para terminar una conversación con la que, estaba convencido, también iba a acabarse su relación.

Era cierto que no atravesaban una gran etapa, pero mientras un tipo de su edad con unos ajustadísimos pantalones sin calcetines le explicaba qué encuadre quería, David se preguntaba qué pareja no tiene altibajos, porque a lo mejor ese no era el momento de rendirse, a lo mejor justo ahora no deberíamos tirar la toalla, Marta, a lo mejor, y perdóname por la metáfora, lo que deberíamos hacer es buscar alguna escena más con la que seguir escribiendo nuestro guion. Hizo cuatro fotografías idénticas, devolvió el móvil al tipo de los pantalones tobilleros y dudó por un instante si pedirles permiso para sentarse en esa mesa y evitar la conversación que había quedado interrumpida en la suya. No por temor a sus recriminaciones, sino porque se había esforzado tanto en que esta vez sí funcionara que le resultaba especialmente injusto que no lo hubiera hecho.

—¿Podemos seguir? —le preguntó ella mientras él se sentaba de nuevo tras su entusiasta colaboración fotográfica.

—Creo que sí. —Forzó una pausa que consideró notablemente significativa—. Que podríamos seguir.

Pero Marta no captó (más bien, fingió no hacerlo) la ambigüedad de su respuesta.

—Lo he intentado, en serio... Pero a veces me siento... A veces es como si no estuvieras. Como si no hubiera nadie más ahí. Todo está lleno de ti. Tus películas, tus libros, tus —escogió la palabra con crujeza— juguetes...

—No son juguetes —se atrevió a replicar con orgullo de friki autorreferencial. Demasiados años avalaban su coleccionismo cinéfilo como para que su universo fuera denigrado de ese modo. Ni siquiera una posible ruptura merecía semejante humillación.

—Lo que sean...

—Lo que son.

—El caso es que estoy rodeada de ti. De todo lo que tú eres. Están tus cosas. Siempre... Pero no estás tú. Al menos, no el tú que podrías ser ahora. Solo está el tú que conocí hace diez años.

—¿Y eso es malo? Se supone que querías vivir con él.

—Mi yo de hace diez años, sí. Mi yo de ahora querría que el tuyo no se hubiera quedado allí.

Quizá fuera culpa del exceso de pronombres —¿cuántos *yoes* había sentados en esa misma mesa?—, de haber abusado del vino —mucho más anodino de lo que prometía su barroca descripción— o de las voces cada vez más gritonas de la mesa de al lado, pero lo cierto es que David empezaba a sentirse algo mareado.

Según el primero de sus cuadernos —el que más tachones, elipsis e incoherencias contiene de todos—, aquella era la segunda vez que vivían una situación similar. La anterior, hacía ya cuatro años, la habían solucionado dando un paso adelante que consistió en irse a vivir juntos, pero ahora no podía pensar en otro nuevo paso que quisieran dar o que él se sintiese preparado para asumir. Solo confiaba en que no se pusiera sobre la mesa ninguna de las palabras —estabilidad, paternidad, éxito— que sonaban en las comidas con sus padres y que, por suerte, había erradicado de su vida con Marta.

—Estos días he pensado mucho, David. Imagino que tú también. —Aunque sospechó que aquella afirmación encubría cierta intención irónica, replicó con un pálido sí—. Y quizá lo que me sucede es exactamente eso. Quizá es que mi yo de ahora no se enamoraría de tu yo de entonces. —Marta apuró su copa para no flaquear en su momento cumbre mientras seguía multiplicando identidades de ayer, de hoy y de siempre a su alrededor—. Quizá es solo q...

Pero sus palabras quedaron sepultadas bajo las estruendosas notas del *Cumpleaños feliz* que acababan de perpetrar en la mesa de al lado.

—¿Decías?

—Te decía q...

El «Porque es un muchacho excelente» de sus vecinos de mesa, que a esas alturas ya agitaban eufóricos sus bandas azules, volvió a impedirle que pudiera oírla con claridad.

Su Gran Frase.

—Decía que —Marta elevó la voz logrando que su noticia alcanzara a todos los comensales allí presentes— ya no me atraes. —Los de la mesa de al lado estallaron en un gigantesco aplauso a la vez que uno de ellos apagaba las velas y, justo en ese momento, David

sintió que todo se había conjurado a su alrededor para convertir aquella velada en una de las noches más humillantes de su vida—. No es culpa tuya... Ni mía. —¿Con tantos *yoes* sueltos alrededor y ahora resultaba que la culpa no era de nadie?—. Es por todo, supongo.

Sus frases le sonaban cada vez más vacías. De repente, Marta ya no era Marta. Por lo menos, no *su* Marta. Se había convertido en la co-protagonista de una de esas historias que tanto odiaba en las que todo el mundo hablaba de las emociones como si estuvieran subordinadas a una abstracción ininteligible que mueve nuestros destinos sin que nadie pueda evitarlo. Y él, por lo menos, lo había intentado. Si no, por qué iba a haberse puesto esa camisa de cuello mao que detestaba, o ese pantalón con el que se sentía ridículamente serio, o esas gafas de pasta que, según ella, endurecían sus rasgos, ¿acaso que sus rasgos fueran blandos era un problema? Resultaba humillante ser abandonado, con ovación incluida, mientras iba vestido de alguien que ni siquiera estaba seguro de que fuera él mismo.

Quizá le habría resultado más sencillo asimilar la ruptura si, en vez de soltar su Gran Frase en medio de un restaurante lleno de gente jugando a ser feliz, le hubiera propuesto una catarsis compartida, a lo *Historia de un matrimonio*, en un espacio íntimo y melodramático. Incluso si hubiera despedazado con saña su maqueta del Central Perk. Todo habría sido un poco mejor si le hubiera dejado con una pasión de la que no hubo ni rastro en aquella conversación gélida y desabrida donde Marta puso fin a cuatro años de convivencia y diez de relación con la misma frialdad con la que se habría podido cambiar de operador telefónico.

—Es lo mejor para los dos, en serio. —Su voz sonaba, por momentos, aún más gris y atiplada, como si estuviera imitando el diálogo de una de esas olvidables películas del Adrian Lyne de los noventa que David jamás tendría entre las primeras (estantes superiores, justo a la derecha) de su colección—. Nos vendrá bien un tiempo.

—¿Un tiempo para qué?

Eso era lo que habría respondido si su capacidad de reacción no fuera, desde antes de que pudiera recordarlo, ligeramente inferior a la que le habría gustado. Según su hermana, la culpa era de ese minuto y medio de retraso que lo convirtió en el menor de los dos mellizos,

condenándolo a sentir que todo cuanto necesitaba expresar llegaba siempre un minuto y medio más tarde.

—¿No vas a decir nada? —insistió Marta mientras pedía la cuenta.

Y, como ese minuto y medio aún no había transcurrido, no lo hizo.

Ella tardó apenas un par de días en organizar la mudanza —«¿Ves como tenía razón en que todo lo que hay aquí es tuyo?», insistió mientras le informaba de que se instalaría temporalmente con Sonia hasta que encontrase algo mejor—, y David se quedó con sus películas, con sus revistas de cine, con su colección de Legos y con la autoestima mucho más rota de lo que jamás habría llegado a estarlo su maqueta del Central Perk si ella la hubiese tirado contra el suelo.

La veía llenar sus cajas mientras se convencía de que él sí que había cambiado en esos diez años. Se buscó en los espejos y en las fotografías de los treinta y dos, en ese 2009 en que Marta y él se habían conocido y comenzaron una relación que, sin ser perfecta, sí parecía suficiente. Entre las fotos antiguas y las actuales no apreciaba grandes desperfectos físicos, incluso se había convencido de que era ahora cuando se gustaba de verdad. Cuando había empezado a asumir que no era tan malo tener los ojos pequeños y grises, la nariz ligeramente picuda, la frente tal vez demasiado ancha o el cabello rebelde y siempre en guerra. En realidad, ninguno de sus rasgos —blandos, según Marta; aceptables, según David— habría resultado especialmente deseable de manera aislada, pero el conjunto funcionaba. Ni demasiado alto, ni demasiado delgado, ni demasiado atlético, ni demasiado nada. Su descripción era una suma de normalidades y, a pesar del gris, siempre le había bastado con ser así para disfrutar de un éxito moderado con las mujeres que se cruzaban en su camino, aunque su lentitud de reflejos —ese maldito minuto y medio— le hubiese llevado a perderse muchas de las oportunidades que se le habían presentado.

Con Marta había sido distinto, porque ella —mucho más segura de sí misma— se empeñó en que se percatara de su interés y supo dar los pasos necesarios para que su tímido compañero de trabajo se atreviera a salir primero con ella y unos cuantos colegas más, después con ella y unos cuantos colegas menos y, por último, con ella a solas, en una noche que acabó en un polvo confuso y tibio, pero que ambos

estaban convencidos de que, con la suficiente destreza y conocimiento mutuo, mejoraría.

El del sexo siempre había sido el territorio de sus amigos, el espacio en que lo apabullaba Félix con las historias de las mujeres a las que seducía y Sergio con los relatos de los hombres a los que metía en su cama. Por suerte, también estaba Miguel, de quien David sabía que formaba parte, como él mismo, del grupo de los rezagados, de los que se iniciaron en todo más tarde y sentían que cada vez que se acostaban con una mujer estaban poniéndose a prueba, haciendo un examen para el que jamás tuvieron claras las respuestas y en el que sus calificaciones rara vez superaban los límites de un añejo progreso adecuadamente.

Con ella tampoco hubo una mejora inmediata, ni fuegos artificiales, ni ninguno de los prodigios que su educación cinéfilo-sexual adolescente le había prometido (maldito seas, Verhoeven), pero sí consiguió aprenderse con cierta exactitud su cuerpo —y sus tiempos—, mientras que Marta se esmeraba en educarlo en las formas de placer que necesitaba y que él, a veces por una impulsividad torpe, a veces por su espíritu dubitativo, no siempre alcanzaba. Pese a sus progresos, el sexo entre ambos siempre estuvo más a ras de *Dirty Dancing* y notablemente lejos de *Fuego en el cuerpo*, aunque lograron una cierta complicidad que parecía redimirlos de amantes pretéritos mucho menos complacientes y, sobre todo, menos abiertos a la tarea pedagógica que Marta parecía haberse encomendado.

Quizá por eso, porque estaba orgulloso de su vertiente de amante si no fogoso, sí muy aplicado, David siempre pensó que la crisis definitiva ocurriría por otros motivos. En más de una ocasión, se había imaginado a sí mismo discutiendo con ella sobre por qué no quería tener hijos, explicándole cuáles eran sus motivos para no desear ser padre, ni formar una familia, ni encarnar todo eso a lo que se supone que tenían que aspirar, aunque quizá no quisieran serlo.

Pero esa conversación nunca ocurrió, o bien porque Marta tampoco sentía esa necesidad —¿en qué momento habían dejado de hablar de quienes realmente eran?—, o bien porque el deseo se desvaneció antes de que surgiera cualquier otro proyecto de futuro.

—A veces pienso que la culpa ha sido también suya... —David volvió a contener la respiración cuando vio a Marta, que parecía que

nunca fuera a acabar de meter sus pertenencias en aquellas cajas, dirigir su mano hacia la sección de dramas independientes y tomar, como si le perteneciera, su edición exclusiva de *Antes del amanecer*. ¿En serio pensaba llevársela después de lo que había despotricado contra el cierre de la trilogía?—. Quizá nos hemos imaginado tanto lo que íbamos a ser que es imposible que nos satisfaga lo que estamos siendo.

Respiró cuando, después de su enésimo juego de tiempos verbales, dejó de nuevo el DVD en la estantería, a pesar de que no lo hiciera en el lugar exacto donde era evidente que debía figurar, y señaló, con un ademán casi teatral, todos los demás.

David estaba buscando algo inteligente que decir, algo que no sonara tan desesperado como un *quédate* o tan fraudulento como un *podemos arreglarlo*. Pero fueron interrumpidos por Sonia, que llegaba dispuesta a ayudar a Marta con la mudanza. Y mientras ella bajaba sus cosas hasta el coche, su amiga aprovechó el instante a solas con David para dar muestras de su afabilidad:

—Ni se te ocurra andar jodiendo ahora con llamaditas y mensajes —le amenazó—. Que bastante chungo es remontar una ruptura como para que no te dejen espacio para intentarlo. ¿Me sigues?

La seguía, sí, aunque habría querido puntualizar dos detalles.

Uno, la ruptura la había provocado Marta.

Y dos, ese hipotético espacio tampoco le sobraría en el apartamento donde se iban a hacinar las dos juntas.

La entrada de Marta le impidió abordar esas nimiedades y permaneció inmóvil mientras ella echaba un último vistazo a ese piso en el que, al parecer, habían compartido más expectativas que momentos felices.

—¿Nos vamos?

—Nos vamos. Y, tú —Sonia volvió a dirigirse a David, decidida a convertirse en la protagonista de una escena ajena—, cuídate.

—Lo haré —le respondió él, tratando de esquivar su presencia para poder mirar a los ojos a la mujer de la que en verdad se estaba despidiendo—. Marta, si en algún momento quieres hablar...

—¿Qué te acabo de decir? —reaccionó Sonia justo antes de salir dando un sonoro portazo en una casa que, por lo visto, no se había enterado de que no era la suya.

Marta y él se quedaron un instante a solas.

En silencio.

—No sé qué lugar ocupo en todo esto. De verdad... No lo sé.

David habría querido decirle que a él le sucedía lo mismo, que se sentía desubicado cada vez que quedaban con sus amistades del trabajo, porque antes era distinto, cuando los dos estaban en lo mismo, cuando ambos creían que el cine era su oficio, antes de que ella decidiera venderse (en terminología de Marta, *madurar*) y aceptara ese puesto en el periódico donde la recomendó su padre —ese hombre que lo odiaba cordialmente desde que los habían presentado— para hacer reportajes de mierda, aunque él nunca los llamó de mierda, igual que no llamaba venderse a madurar, porque si lo hubiera hecho, ella jamás se lo habría perdonado, es más, Marta lo habría acusado de no progresar, de estar aferrado a un sueño que no iba a producirse, y él le habría respondido que el problema no era solo ese, que quizá el verdadero problema es que estaba cansado de esforzarse, y Marta le habría dicho que estaba harta de que sus diálogos en pareja tuvieran que empezarlos siempre ella a raíz de alguna de las series que fagocitaban como mutantes felices a la hora de la cena, que no quería seguir improvisando una intimidad que basaban en ficciones ajenas para no mirar la realidad propia, que su vida hacía demasiados meses que se medía por temporadas. Su vida, le habría dicho entonces él, se había vuelto irreal porque los dos estaban dejando que lo fuera, no porque él llenase el piso con objetos que ella, en su furioso minimalismo, jamás quiso tener consigo.

Pero cuando quiso decirle algo de todo aquello, ya era tarde.

Marta no estaba allí.

Y su posible conversación tampoco.